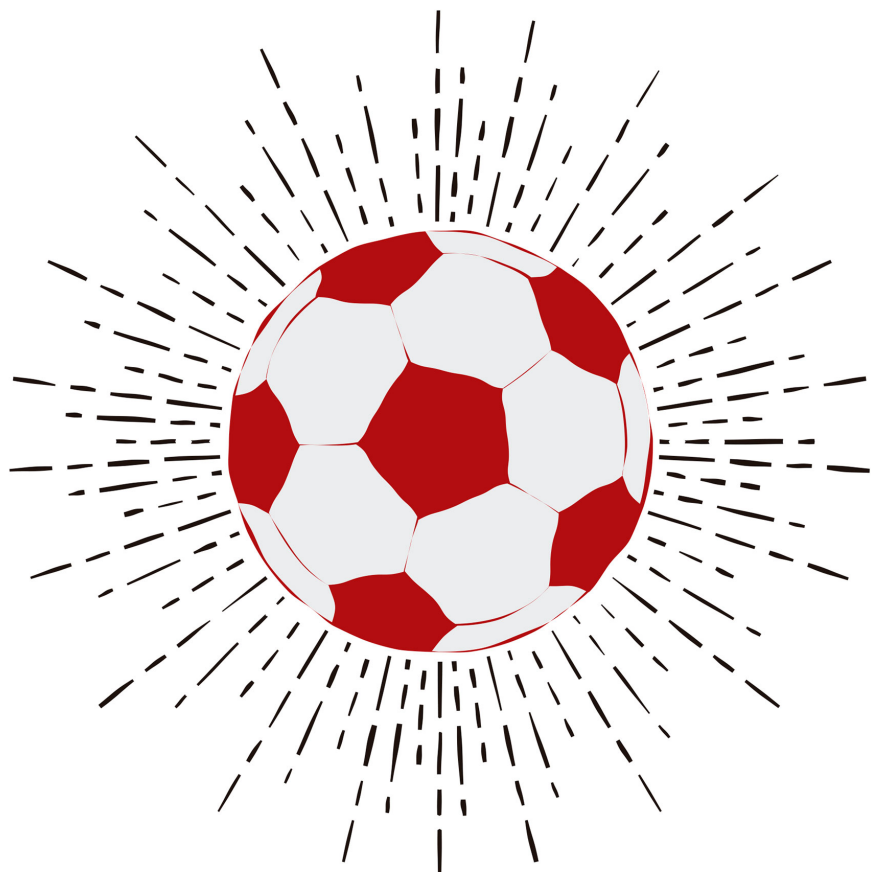


Oswaldo Soriano

Arqueros, ilusionistas y goleadores

Prólogo y compilación de Ángel Berlanga



Oswaldo Soriano
Arqueros, ilusionistas y
goleadores

Antología y prólogo de Ángel Berlanga

CENTROFÓBAL

Me acuerdo del tiempo en que empezamos a rodar juntos, la pelota y yo. Fue en un baldío en Río Cuarto de Córdoba donde descubrí mi vocación de delantero. En ese entonces el modelo del virtuoso era Walter Gómez, el uruguayo que jugaba en River, pero también nos impresionaba Borello, el rompeportones de Boca. Los dos llevaban el nueve en la espalda, como Lacasia en Independiente y Bravo en Racing. Escuchaba los partidos por radio en las voces de Fioravanti o de Aróstegui. Al interior llegaban en cadena o se captaban en onda corta, con una antena de alambre pegada a la chimenea de la casa.

En el potrero donde habíamos fundado el Sportivo Almafuerte había un chico de sobrenombre Cacho que imitaba al maravilloso Fioravanti. Uno tomaba la pelota y escuchaba, al instante nomás, a Cacho que relataba desde la raya: «¡Alcanza la pelota Soriano, elude a Carreño, se perfila... cuidado... va a tirar al arco...!» y con eso yo era feliz. No tuve la fortuna de que Víctor Hugo cantara un gol de los míos, pero cuánta emoción había en los que gritaba Cacho. El pobre nunca agarraba una pelota. Se la tirábamos larga y no llegaba, se la pasábamos corta y seguía de largo. A veces, de lástima, en los picados le dejábamos

algún tiro libre que, sin falta, pegaba en la barrera y hasta un penal que Tito Pereira le atajó con las piernas.

Era tan negado para el fútbol que aun de arquero resultaba un incordio. No era gordito, ni tonto, como dicen los lugares comunes del fútbol. Simplemente era el chico con menos talento que haya vivido en esos parajes. Entonces lo mandábamos a que transmitiera desde afuera de la cancha. Agarraba un micrófono de juguete, corría por entre el yuyal y todo era distinto: nuestro mundo se iluminaba de proezas y emociones. En ese baldío estaban el Puchi Toranzo y Leonel Briones, que jugaban de aleros. Insiders, les decíamos. Los otros eran fulbás, jas, wines y el centrofóbal, que era yo. Un nueve rotundo en la camiseta roja. Mi madre me lo había cosido a mano y de tanto en tanto, cuando me iba entre los defensores, algún desairado me manoteaba de atrás y se quedaba con el número en la mano.

Para ser referí bastaba ser mayor. Eso solo ya daba autoridad, y me acuerdo que uno de los partidos más memorables que jugué lo arbitró mi padre, que acertó a pasar por ahí en bicicleta y se paró a verme jugar. En cierto modo el viejo era un intelectual, un hombre de ciencia que de fútbol no sabía nada. De tanto andar por la vida había aprendido que está prohibido tocar la pelota con las manos y que los golpes arteros debían sancionarse con un tiro libre, o algo parecido. Creo que ni siquiera sospechaba la riqueza teórica del off side, las faltas veniales como el corner, el pie levantado en plancha y la imitación de voces que practicaba Cacho Hernández.

El que estoy contando fue un partido entre barrios enemigos y con tantas carencias reglamentarias mi padre no podía sino hacer un papelón. Lo recuerdo parado en el círculo central, de traje cruzado y con los broches de ciclista cerrándole los tobillos; llevaba anteojos oscuros y un reloj de bolsillo que había sido de su abuelo. Le entregamos uno

de esos silbatos que tenían un garbanzo adentro y el capitán de Honor y Patria le protestó de entrada porque un delantero nuestro invadió campo antes de que yo moviera. En esos remotos tiempos movía siempre el centrofóbal. Eran las tablas de la ley: empezaba el nueve, los marcadores de punta hacían los saques de línea y los wines tiraban los corners.

En esos partidos, a Cacho lo poníamos con una sola misión: que imitara las voces de los defensores contrarios. Era tan bueno con la garganta que podría haber trabajado sin dificultad con Mareco o Nito Artaza. Un rato antes de empezar el partido se iba a buscarles charla, a divertirlos con las transmisiones y enseguida los pescaba, sobre todo al arquero. En aquel partido habló nada más que dos veces, y muy poco, pero lo hizo en momentos cruciales. En el primer tiempo, mientras nos ganaban uno a cero, ellos tiraron afuera un vergonzoso penal que cobró mi padre, y poco antes de terminar, cuando estábamos acogotados, Bebo Fernández rechazó como una mula desde el área nuestra. Tendría once años el Bebo, pero podía hacer estallar un neumático de una patada. Tan largo fue el rechazo que sobró a unos cuantos y en el momento en que el cinco de ellos iba a devolver, oyo un «¡dejala!» tan convincente, tan de arquero que sale, que agachó la cabeza. Sobrador, el pibe me miró a mí que llegaba, como diciendo «¿qué tal?» y se desentendió del asunto.

Sólo que no era la voz del arquero. Era Cacho, que parecía una cotorra. Un loro barranquero que imita a su perseguidor. Bajé la pelota medio con el pecho medio con la panza, alcancé a ver a mi padre que corría con el silbato en la boca, el traje bien abrochado y los zapatos blancos de polvo, y le di con alma y vida. El arquero seguía abajo de los palos, como tomando fresco. La pelota entró cerca del palo y como no había red cruzó la calle y cayó en un jardín, justo arriba de las amapolas. Mi padre no sabía que había que señalar el centro de la cancha y se acercó a preguntar-

me por lo bajo: «Jurame que no la tocaste con la mano». Lo miré a la cara: «Te juro», le contesté. Sudaba como un hombreador de bolsas, tenía el pantalón hecho trapo y los zapatos arruinados. Me imaginé que mi madre iba a poner el grito en el cielo cuando volviéramos a casa.

Mi padre detestaba el fútbol y todas las manifestaciones populares. Por eso aquella tarde se metió a referí. Le fascinaba mandar sobre lo que no comprendía. Pasados los cuarenta, era de los que se creían superiores por sostener que el fútbol consiste en veintidós imbéciles corriendo detrás de una pelota. En caso de que le preguntaran decía que simpatizaba con River y si lo apuraban era tan mentiroso que podía declararse amigo de Distéfano. Al rato de iniciar el segundo tiempo cobró un gol de ellos para mi bastante dudoso, porque la rama que hacía de travesaño se había caído y la altura se media a ojo de buen cubero. Estábamos perdiendo y encima nos bailaban. Uno de esos bailes bonitos, contagiosos, como pueden dar los brasileños o los colombianos. Admirado, Cacho Hernández ya transmitía desde su puesto de wing y eso excitaba todavía más a nuestros verdugos. Tanto se entusiasmó mi padre que ni bien les tocábamos los talones cobraba y encima nos daba un reto. Por esas cosas que tiene el destino esa tarde iba a dejarnos algunas lecciones. Los de Honor y Patria hicieron todo para golearnos pero sólo pudieron meterla dos veces en el arco. Puro azar: la pelota daba en los palos, en nuestro arquero, en la cara del Puchi Toranzo, picaba en los pozos y se desviaba y así siguió hasta el amargo final.

En un contraataque Briones me la tiró por entre la defensa adelantada y me fui solo. Tenía tanto miedo de errar el gol que se la toqué a Cacho Hernández cuando oí que llegaba. Era de una torpeza tal el pobre chico que ni bien acomodó la pelota con el brazo empezó a pedir la infracción con la voz de Fioravanti, a gritar «¡Pésimo el referí!».

mientras pateaba al arco vacío. Era el primer gol que hacía fuera de los picados y salió gritando como loco mientras mi padre señalaba, solemne, el medio de la cancha. Dos o tres minutos más tarde, en un paréntesis del baile con túneles y taquitos, un morochito pelado a la cero me quitó la pelota en el área con la elegancia de una niña que toma clases de piano. Yo grité como si me hubiera quebrado y empecé a revolcarme en el suelo. Ahí nomás mi padre cobró penal y expulsó de mal modo al morocho.

Confieso que rematé con un deleite perverso. Sabía que coronaba una injusticia, pero al mismo tiempo intuía que esa aberración provocada por la ignorancia de mi padre nos metía de lleno en las miserias de la vida. Cuando volvimos a casa, mi madre anduvo gritoneando un rato y al final nos mandó a la cama sin cenar.

PRIMEROS AMORES

Siempre que voy a emprender un largo viaje recuerdo algunas cosas más de cuando todavía no soñaba con escribir novelas de madrugada ni subir a los aviones ni dormir en hoteles lejanos. Esas imágenes van y vienen como una hamaca vacía: mi primera novia y mi primer gol. Mi primera novia era una chica de pelo muy negro, tímida, que ahora estará casada y tendrá hijos en edad de rocanrol. Fue con ella que hice por primera vez el amor, un lunes de 1958, a la hora de la siesta, en una fila de butacas rotas de un cine vacío.

Antes de llegar a eso, otro día de invierno, su madre nos sorprendió en la penumbra de la boletería con la ropa desabrochada y ahí nomás le pegó dos bofetadas que todavía me suenan, lejanas y dolorosas, en el eco de aquellos años de frondicismo y resistencia peronista. Su padre era un tipo sin pelo, de pocas pulgas, que masticaba cigarros y me saludaba de mal humor porque ya tenía bastantes problemas con otra hija que volvía al amanecer y en coche ajeno. Mi novia y yo teníamos quince años. Al caer la tarde, como el cine no daba función, nos sentábamos en la plaza y nos hacíamos mimos hasta que aparecía el vigilante de la esquina.

No había gran cosa para divertirse en aquel pueblo. Las calles eran de tierra y para ver el asfalto había que salir hasta la ruta que corría recta, entre bardas y chacras, desde

General Roca hasta Neuquén. Cualquier cosa que llegara de Buenos Aires se convertía en un acontecimiento. Eran treinta y seis horas de tren o un avión semanal carísimo y peligroso, de manera que sólo recuerdo la visita de un boxeador en decadencia que fue a Roca, al equipo de Banfield, que llegó exhausto a Neuquén y a unos tipos que se hacían pasar por el trío Los Panchos y llenaban el salón de fiestas del club Cipolletti. Los diarios de la Capital tardaban tres días en llegar y no había ni una sola librería ni un lugar donde escuchar música o representar teatro. Recuerdo un club de fotógrafos aficionados y la banda del regimiento que una vez por mes venía a tocarle retretas a la patria. Entonces sólo quedaban el fútbol y las carreras de motos, que empezaban a ponerse de moda.

Cuando su madre le dio aquella bofetada a mi novia, yo estaba en la Escuela Industrial y todavía no había convertido mi primer gol. Jugaba en una de esas canchitas hechas por los chicos del barrio, y de vez en cuando acertaba a meterla en el arco, pero esos goles no contaban porque todos pensábamos hacer otros mejores, con público y con nuestras novias temblando de admiración. Con toda seguridad éramos terriblemente machistas porque crecíamos en un tiempo y en un mundo que eran así sin cuestionarse. Un mundo de milicos levantiscos y jerarquías consagradas, de varones prostibularios y chicas hacendosas, sobre el que pronto iba a caer como un aluvión el furioso jolgorio de los años sesenta.

Pero a fines de los cincuenta queríamos madurar pronto y triunfar en alguna cosa viril y estúpida como las carreras de motos o los partidos de fútbol. Yo me di varios coscorriones antes de convencerme de que no tenía ningún talento para las pistas. Mi padre solía acompañarme para tocar el carburador o calibrar el encendido de la *Tehuelche*, pero mi madre sufría demasiado y a mí las curvas y los rebajes me dejaban frío. La pelota era otra cosa: yo tenía la

impresión de ganarme unos segundos en el cielo cada vez que entraba al área y me iba entre dos desesperados que presumían de carniceros y asesinos. Me acuerdo de un número dos viejo como de veintiséis años, de vincha y medalla de la Virgen, que para asustar a los delanteros les contaba que debía una muerte en la provincia de La Pampa.

Lo recuerdo con cierto cariño, aunque me arruinó una pierna, porque era él quien me marcaba el día que hice mi primer gol. Pegaba tanto el tipo, y con tanto entusiasmo que, como al legendario Rubén Marino Navarro, lo llamaban *Hacha Brava*. Jugaba inamovible en la Selección del Alto Valle y en ese lugar y en aquellos años eran pocos los árbitros que arriesgaban la vida por una expulsión.

Mi novia no iba a los partidos. Estudiaba para maestra y todavía la veo con el guardapolvo a la salida del colegio, buscándome con la mirada. Un día que mis padres estaban de viaje le exigí que viniera a casa, pero todo fue un fracaso con llantos, reproches y enojos. Tal vez leerá estas líneas y recordará el perfume de las manzanas de marzo, su miedo y mi torpeza inaudita.

Por un par de meses, antes de que yo la conociera, ella había sido la novia de nuestro zaguero central y alguien me dijo que el tipo se vanagloriaba de haberle puesto una mano debajo de la blusa. Eso me lo hacía insoportable. Tan celoso estaba de aquella imagen del pasado que casi dejé de saludarlo. El chico era alto, bastante flaco y pateaba como un caballo. Yo me mordía los labios, allá arriba, en la soledad del número nueve, cuando me fauleaban y él se llevaba la gloria del tiro libre puesto en un ángulo como un cañonazo. Si lo nombro hoy, todavía receloso, es porque participó de aquella victoria memorable y porque, sin su gol, el mío no habría tenido la gloria que tiene.

Mi novia admitía haberlo besado, pero negaba que el odioso personaje le hubiera puesto la mano en el escote. A

veces yo me resignaba a creerle y otras sentía como si una aguja me atravesara las tripas. Escuchábamos a Billy Cafaro y quizás a Eddie Pequenino pero yo no iba a bailar porque eso me parecía cosa de blandos. En realidad nunca me animé y si más tarde, ya en Tandil, caí en algún asalto o en una fiesta del club Independiente, fue porque estaba completamente borracho y perseguía a una rubia inabordable.

Pasábamos el tiempo en el cine, acariciándonos por debajo del tapado que nos cubría las piernas, y creíamos que su padre no se enteraba. Tal vez era así: andaba inclinado, ausente, masticando el charuto apagado, neurótico por el humo y el calor de la cabina de proyección. Pero la madre no nos sacaba el ojo de encima y aquella desgraciada tarde de invierno irrumpió en la boletería y empezó a darle de cachetadas a mi novia.

Después supe que hacíamos el amor todos los días, pero en aquel entonces suponía que había una sola manera posible y que, si ella la aceptaba, el más glorioso momento de la existencia habría ocurrido al fin. Y ese instante, en una vida vulgar, sólo es comparable a otro instante, cuando la pelota entra en un arco de verdad por primera vez, y no hay Dios más feliz que ese tipo que festeja con los brazos abiertos gritándole al cielo.

Ese tipo, hace treinta años, soy yo. Todavía voy, en un eterno *replay*, a buscar los abrazos y escucho en sordina el ruido de la tribuna. Sé que estas confesiones contribuyen a mi desprestigio en la alta torre de los escritores, pero ahí sigo, al acecho entre el cinco que me empuja y Hacha Brava que me agarra de la camiseta mientras estamos empatados y un wing de jopo a la brillantina tira un centro rasante, al montón, a lo que pase. Se me ha cortado la respiración pero estoy lúcido y frío como un asesino a sueldo. Nuestro zaguero central acaba de empatar con un terrible disparo de treinta metros que he festejado sin abrazarlo y en este

contragolpe, casi sobre el final, intuyo secretamente que mi vida cambiará para siempre.

El miedo de perderme en la maraña de piernas, en el infierno de gritos y codazos, ya pasó. El diez, que es un veterano de mil batallas, llega en diagonal y pifia porque la pierna derecha sólo le sirve para tenerse parado. Inexorablemente, ese gesto fallido descoloca a toda la defensa y la pelota sale dando vueltas a espaldas del cinco que gira desesperado para empujarla al corner. Entonces aparezco yo, como el muchachito de la película, ahuecando el pie para que el tiro no se levante y le pego fuerte, cruzado, y aunque parezca mentira aquella imagen todavía perdura en mí, cualquiera sea el hotel donde esté.

Igual que la otra, a la hora de la siesta, en una butaca rota del cine desierto. Nos besamos y sin buscarlo, porque las cachetadas todavía le arden en la cara, mi primera novia se abandona por fin y me recibe mientras sus pechos que alguna vez consintieron la caricia de nuestro despreciable zaguero central tiritan y trotan, brincan y broncan, hoy que nuestras vidas están junto a otros y mi hotel queda tan lejos del suyo.